

Lucas 9, 11b-17

Comieron todos y se saciaron.

Pero la multitud se dio cuenta y lo siguió. Él los recibió, les habló del Reino de Dios y devolvió la salud a los que tenían necesidad de ser curados. Al caer la tarde, se acercaron los Doce y le dijeron: "Despide a la multitud, para que vayan a los pueblos y caseríos de los alrededores en busca de albergue y alimento, porque estamos en un lugar desierto". Él les respondió: "Denles de comer ustedes mismos". Pero ellos dijeron: "No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta gente". Porque eran alrededor de cinco mil hombres. Entonces Jesús les dijo a sus discípulos: "Háganlos sentar en grupos de cincuenta". Y ellos hicieron sentar a todos. Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados y, levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición, los partió y los fue entregando a sus discípulos para que se los sirvieran a la multitud. Todos comieron hasta saciarse y con lo que sobró se llenaron doce canastas.

Denles ustedes de comer

Fr. Héctor Herrera, O.P.

Roxana dijo a su madre: No hay pan ni para nosotros. Matilde llena de compasión y de ternura dijo: hijo mío hazlos pasar, pueden ser el mismo Jesús que te pide un pan.

Aquella madre había comprendido la misericordia y compasión que tiene Jesús para la humanidad que siente hambre, a quien había sanado sus heridas. El evangelio de Lc 9,11-17 nos habla de esta experiencia. Y nos da una misión como Iglesia, "Denles ustedes de comer". Los discípulos como nosotros hoy nos sobrecogemos: donde hay que hacer lo posible para satisfacer la necesidad, para ser agradecidos a Dios y celebrar la fiesta de reconciliación, para poder partir el pan con el que sufre y comunicar la alegría en el compartir.

Jesús no sólo sana a la humanidad que lo busca, sino nos enseña que el pan, signo de la comunión entre personas, es fortaleza y ánimo para que trabajemos con amor y justicia en defensa de la vida, la libertad y la verdad. Y nos encomienda como Iglesia a tener una viva preocupación por su cuerpo: hacer lo que esté a nuestro alcance para que el pan sea distribuido en forma equitativa y justa.

La presencia de Cristo en la Eucaristía nos congrega, porque Él es el Pan de Vida, para que tengamos una nueva vida y nos unamos más como comunidad que comparte solidariamente la oración, el trabajo y el esfuerzo diario por vivir, por sentirnos más hermanos los unos de los otros, para convertirnos en personas que buscan un cambio en las formas de vida en la sociedad para que el pan llegue a la mesa de todos.

Jesús al "levantar los ojos al cielo" nos enseña la actitud de oración y de confianza, de gratitud y alabanza por los dones recibidos. Esta tiene que ser nuestra actitud hoy. Es en el gesto de partir y compartir donde nos reconocemos como sus discípulos. Es en el don de la fe, del servicio y del gesto solidario donde verdaderamente podemos decir: Jesús es el Señor de la Vida. Él es el Pan vivo que ha venido para que tengamos una vida mejor y hagamos todos los esfuerzos para salir de las situaciones que nos impiden ser humanos.